



El volcán de la desmesura

(Una lectura a *Los miserables* de Victor Hugo)

Antes que una novela política acerca de la revolución parisina, es la demostración teológica de la existencia de una causa primera y el empeño de rastrearla en la infinita historia de los hombres... Es un verdadero pozo sin fondo, un abismo que mantiene el frescor y la vigencia de las obras maestras, pese a que algunas de sus ideas estén ya obsoletas... Es una de las historias memorables producidas por la literatura.

Mario Vargas Llosa, *La tentación de lo imposible* (Alfaguara, 2004).

ADRIANA
MEJÍA

A primera vista podría decirse, y con razón, que *Los miserables*, publicada en 1862, exalta los amores inmaculados y familiares, toma partido por los pobres, critica la indiferencia de una sociedad conservadora, clasista y machista; retrata la arquitectura parisina y el atraso de las aldeas que rodean la gran ciudad, refleja los movimientos políticos de la primera parte del siglo XIX, ubica en la historia antecedentes y consecuencias de sucesos que marcaron la Francia y el mundo de esa época: Revolución Francesa, Imperio Napoleónico, Restauración, Revolución de Julio, Motines del 32; reflexiona sobre el cumplimiento del deber, condena la prostitución, el abandono infantil y la pena de muerte; reivindica los derechos de los niños y las mujeres...

Lo que se quiera cabe allí, total es una novela cuyo argumento es la vida misma. Ligada con sangre a la historia, es verdad, pero sin ser historia a secas porque en ella, en la novela, Victor Hugo no se contenta con darle importancia solo a los hechos relevantes sino también, y sobre todo, a los hechos menudos que animan la narración. Una narración en la que él es el único narrador —“el gran estenógrafo” como lo llama Vargas Llosa—, que reflexiona en voz alta y nos hace partícipes, incluso, de su transformación de monárquico a republicano, de romántico a realista, cercano, a veces, al naturalismo. En el libro se reflejan los tres estadios que en la época se superponen: un lenguaje hiperbólico, unas descripciones descarnadas y una travesía escatológica por las cloacas de París.

¿Podría ser Marius de Pontmercy quien encarna la evolución de las ideas de Victor Hugo en las páginas de esta novela-río? Veamos:

Marius tenía un llanto continuo en el corazón... A cada instante un rayo de luz de la verdad venía a completar su razón; se verificaba en él un verdadero crecimiento interior. Donde antes veía la caída de la monarquía, veía ahora el porvenir de Francia; había dado una vuelta completa... Cuando en esta misteriosa metamorfosis hubo perdido completamente la antigua piel de borbónico y de ultra; cuando se despojó del traje de aristócrata y de realista; cuando fue completamente revolucionario, profundamente demócrata y casi republicano, mandó hacer cien tarjetas con esta inscripción: El barón Marius Pontmercy.

Podría ser. Victor Hugo no tuvo que desembolsillar para nueva tarjetería, ni suprimir el aristocrático “de” de su apellido, pero pagó con el destierro la osadía de oponerse a lo que antes defendía.

Exacerbar entre los semejantes la búsqueda de la utopía, la confrontación del pueblo con el sistema imperante, es una falta que no perdona ningún gobierno de

mano dura ni sus agraciados. De ahí que sobre la obra de Victor Hugo existan opiniones tan disímiles, provenientes de plumas tan famosas, como las de Baudelaire y Lamartine. El primero sostiene que Hugo fue el hombre mejor dotado para expresar el misterio de la vida y la naturaleza que nos envuelve como un enigma: “*Los miserables* es un libro de caridad, un llamado ensordecedor a una sociedad demasiado preocupada por sí misma y olvidada de la ley inmortal de fraternidad”. El segundo sostiene, en cambio, que es un agitador irresponsable: “La más homicida y la más terrible de las pasiones que se puede infundir en las masas es la pasión de lo imposible”. (Declaración que inspiró al autor peruano para el título del estudio ya citado). Y entre una orilla y la otra, la marea popular subía o bajaba al ritmo que marcaba el “estenógrafo” que mejor la interpretaba. (Valga aquí una anotación: ningún otro escritor tuvo o ha tenido, en vida, la popularidad que tuvo el señor Hugo entre los franceses. Era un ídolo de multitudes que contaba con seguidores fanáticos e incondicionales, al estilo de las actuales estrellas mediáticas).

Pero, antes que los mencionados, son los aspectos políticos, culturales y sociales —y quienes los encarnan— los que reflejan el alma de *Los miserables*. No sé si la de Victor Hugo. En algunos comportamientos, desde luego que no, cuidó con celo la omisión de su principal debilidad: las muchachas en flor, como diría Marcel Proust. Y aquí entran en juego los editores que suelen sostener que los ingredientes de una buena novela son rebeldía, drama, violencia y sexo. Uno de ellos falta en *Los miserables* que “en lo concerniente al sexo —dice Vargas Llosa— se ajusta como un guante a la moral católica en su versión más intolerante y puritana. En la novela casi nadie trabaja ni tiene relaciones sexuales”. Extraño, porque Victor Hugo se ocupó sin descanso de lo uno y de lo otro, hasta que la muerte se lo llevó con todo y sus excesos otoñales.

Excesos que fueron la impronta del XIX, un siglo de violentas oleadas al que

él retrata de cuerpo entero. Son montones de años largos e intensos, condensados en un relato que se lleva veinte —a partir de 1815— y que, como toda buena pieza literaria, logra convencer al lector, no por lo verdadero, sino por lo verosímil de sus personajes, con lo cual hace posible, en palabras, una vez más, de Mario Vargas, “arrancarnos de esa cárcel de alta seguridad que es la vida real”. En buena parte, mediante una profunda religiosidad. Son incontables las veces que el narrador omnipresente menciona a Dios (“¿Era posible que Napoleón ganara esta batalla? No. ¿A causa de Wellington? No, a causa de Dios”), a la Providencia, al Destino (“En vano tallamos lo mejor posible ese tronco misterioso que es nuestra vida; la veta negra del destino aparecerá siempre”), a la Fe, al Evangelio, a la Fatalidad (“Ningún sentimiento humano puede ser tan horrible como el de la alegría”). Creencias que, en cualquier caso, fijan el rumbo a los personajes que conforman la trama. Junto con la miseria física y moral, reinas de las calles, los subterráneos y los extramuros de la Ciudad Luz.

Y es precisamente este punto de lo sagrado lo que permite explorar un poco más en el espíritu de la historia, hasta encontrar aquella palabra que puede encerrar el desbordamiento que a lo largo del libro se sucede como un estallido, en lo religioso y en lo demás, exceptuando el sexo: **DESMESURA**. Sí. En las partes y en el todo. Desmesura que hizo del siglo XIX un referente obligado para la humanidad. Desmesura que bajó de nivel por cuenta del conjuro que los mismos hombres, mediante diversas organizaciones, le hicieron para no morir ahogados en sus corrientes encontradas. Desmesura que hoy estudiamos desde la barrera, pero ayer sentimos con las vísceras; los hechos fueron, existen los registros, los interesados los pueden escudriñar. (“Nada mejor que el sueño para engendrar el porvenir. La utopía de hoy es carne y hueso mañana”). Desmesura que rompió por mucho tiempo la monotonía de la normalidad y abolió los tonos grises de cualquier acción humana,

El segundo [Lamartine] sostiene, en cambio, que [Victor Hugo] es un agitador irresponsable:

“La más homicida y la más terrible de las pasiones que se puede infundir en las masas es la pasión de lo imposible”.

ubicándola en los extremos del blanco, blanco y del negro, negro.

En el libro, por ejemplo, la bondad no se conforma con ser buena; lo es tanto, que roza la ingenuidad (el obispo, Valjean...). La maldad, al contrario, se confunde con la astucia (el posadero, los habitantes del tercer subterráneo...). La codicia llega hasta extremos insoportables (la posadera). El amor platónico se materializa (Cosette y Marius). El valor y el heroísmo llevan al sacrificio (Enjolras y varios de sus amigos). La indiferencia duele, la solidaridad conmueve, la alegría es inconsciente (los pilluelos de París). Y así. Nada respeta los límites. Todo es caudaloso, empezando por el cataclismo que produjo el robo de un simple pan; desencadenó una condena a cadena perpetua, que tuvo al pobre protagonista luchando hasta el final consigo mismo para dejar de ser quien era: el ex presidiario Jean Valjean. Aun habiendo renacido —eso creía él— de sus propias cenizas.

Este pasaje, cuando Valjean —respetado como el magnánimo señor Fauchelevent— revela su verdadera identidad a Marius, ya casado con su hija adoptiva Cosette, es constancia del masoquismo desmesurado de su autocastigo:

No tengo familia. No pertenezco a la vuestra. No pertenezco a la familia de los hombres. Soy el miserable, el extraño... El día en que casé a esa niña, todo terminó... Fácil me era mentir, engañarlos a todos, seguir

siendo el señor Fauchelevent... Mientras fue por el bien de ella, he mentido; pero hoy que se trata sólo de mí, no debo hacerlo... Seguir siendo F. arreglaba todo, todo menos mi alma. ¿Acaso tengo derecho a ser feliz?

También lo es el pasaje cuando el inspector Javert —el personaje más interesante y bien logrado del relato, a mi juicio— acepta escuchar lo que la voz interior le susurraba sobre su perseguido Valjean: infractor de la ley, sí; criminal, no, y no puede soportarlo porque, en un instante, su lucha por ser justo se desmorona ante la evidencia de su propia bondad y opta por la desmesura (botarse de un puente) para dirimir el conflicto de la rigidez mental que siempre lo había guiado:

Ante sí veía dos sendas igualmente rectas; pero eran dos y esto le aterraba, pues en toda su vida no había conocido sino una sola línea recta. Y para colmo de angustia aquellas dos sendas eran contrarias y se excluían mutuamente. ¿Cuál sería la verdadera?... Si malo le parecía entregar a Jean Valjean, no menos malo era dejarlo libre... Sentía penetrar en su alma algo horrible: la admiración hacia un presidiario. Temblaba. Pero por más esfuerzos que hacía, tenía que confesar en su fuero interno la sublimidad de aquel miserable. Era espantoso... Era para su alma un mundo nuevo... La posibilidad de una lágrima en los ojos de la ley; una justicia de Dios, contraria a la justicia de los hombres. Se veía en la necesidad de reconocer con desesperación que la bondad existía... Se horrorizaba de sí mismo.

Muchos otros botones servirían de muestra para ilustrar el volcán de la desmesura que hizo erupción en *Los miserables*, pero tornaría en desmesurada la extensión de estas líneas. Pongo punto final, entonces, con este párrafo del oceánico prefacio (desmesurado) que Victor Hugo escribió para la primera edición del libro, adelantándose a los arroyos de tinta que correrían con su publicación:

Mientras exista a consecuencia de las leyes y de las costumbres, una condena social que cree artificialmente infiernos en plena civilización, y enturbie por una fatalidad humana el destino, que es divino; mientras no se resuelvan los tres problemas del siglo: la degradación del hombre en el proletariado, la decadencia de la mujer por el hambre, la atrofia del niño por las tinieblas; mientras en ciertas regiones sea posible la asfixia social; en otros términos, y desde un punto de vista más dilatado aún, mientras haya ignorancia y miseria sobre la Tierra, los libros de igual naturaleza que este podrán no ser inútiles.

¿Sirvió de algo *Los miserables*, aparte de inspirar musicales, obras de teatro, películas?, ¿aparte de haber entronizado a su autor en la galería de la fama de las letras universales?, ¿aparte de hipnotizar lectores de todas las generaciones?, ¿aparte de permanecer campante en anaqueles de librerías y bibliotecas pese al paso demoledor del tiempo?, ¿aparte de ser material obligado de estudio en colegios y universidades? ¿Sirvió para hacer reflexionar a quienes detentan el poder? ¿Sirvió de algo?

La respuesta, tal vez la única certera, tendría que darla Victor Hugo si se diera un pasoncito por la sociedad global de hoy día, levantada sobre brechas cada vez más anchas, cada vez más profundas. ¿Alcanzaría a responder el pobre, antes de caer sin vida por segunda vez? ■

Adriana Mejía (Colombia)

Periodista y politóloga. Ha trabajado en prensa, radio y televisión, y en edición de libros. Columnista de varios medios impresos y digitales. Ganadora del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, en dos ocasiones, y del Premio Iberoamericano de Periodismo (Madrid-España). Autora del libro *De tacón en la pared*.

Nota:

Todas las citas de *Los miserables* corresponden a la edición del Grupo Editorial TM de México.